

EL PENÚLTIMO ENCUENTRO CERCANO CON OVNIS

Ejemplo de la sempiterna y maliciosa picaresca que jalona la investigación del fenómeno OVNI

Por Vicente-Juan Ballester Olmos y Jaime Servera

Campillo de Altobuey (Cuenca) es una tranquila población de dos mil almas, situada a 9 km de Motilla del Palancar y 139 km de Valencia, a lo largo de la Nacional III en dirección Madrid. A mediados de noviembre de 1994, nos llamó una mujer que hace labores domésticas en casa de un antiguo ingeniero de IBM, aficionado a la ufología, y que poseía, entre otros, el libro **OVNIS: el fenómeno aterrizaje** (de V.J.Ballester Olmos): de ahí tomó nuestro nombre y de la guía telefónica nuestro número de teléfono.

La buena mujer vive en Valencia pero tiene una finca en la Puebla del Salvador (Cuenca), a donde va los fines de semana; recientemente había escuchado que un vecino del cercano pueblo de Campillo había sido testigo de lo que parecía ser el estereotipo del “encuentro cercano de tercera clase”.

-Una nave se puso delante de un agricultor y de está salió un bicho. Se le paró el tractor, salió corriendo dejándolo abandonado en el campo, y no ha vuelto a salir de casa, enfermo del susto y de los nervios –nos confió, toda emocionada.

Esta fue la descripción inicial que escuchamos de nuestra amable -y preocupada- informante, para quien el suceso habría sobrevenido un par de semanas atrás. La sorprendente historia venía complementada con referencias a pisadas de una surrealista criatura, a la Guardia Civil acordonando la zona, etc.

Hacía tiempo que no se nos comunicaba un caso tan típico; dejar pasar esta oportunidad –pensamos- sería imperdonable para cualquier investigador que se precie. ¿Y por qué no decirlo?, también nos empujó el gusanillo de la investigación de campo. Por ello, en cuanto nuestras obligaciones nos lo permitieron, nos dirigimos a Campillo de Altobuey para hacer las comprobaciones acostumbradas. Llegamos un día soleado, el primer sábado de diciembre de 1994. Al acercarnos a la villa advertimos que sus principales cultivos son los cereales, el olivo y la vid, amén de disponer de ganadería lanar.

Nuestro maletín de encuesta estaba preparado para cualquier eventualidad: contábamos con un *penetrómetro* portátil, instrumento fabricado y adquirido en los Estados Unidos para calcular el peso de un objeto que hubiera imprimido huellas en el terreno; una herramienta metálica apropiada para recoger muestras del suelo; bolsas esterilizadas para conservar tierra o

residuos; un goniómetro de bolsillo y un comparador para la determinación de medidas angulares de objetos en vuelo o a distancia; cuestionarios específicos para aterrizajes, huellas y seres; el conocido *test* MMPI (prueba multifásica de Minnesota) para establecer el estado psicológico de una persona, además del equipo normal.

Ya en el pueblo, la primera paisana con la que hablamos nos confirmó la noticia. Todo el pueblo había hablado de ello, incluso nos dio el nombre del presunto testigo y su dirección. Se trataba de uno de los hermanos V. R. o J. R. (cuya identidad no divulgaremos en público para evitarles molestias innecesarias). Antes de visitarles, procedimos a reunirnos con el alcalde, Antonio Lahiguera, quien solícitamente nos acompañó al domicilio de V.R., dueño del campo donde tuvieron lugar los hechos según la *vox populi*.



Jaime Servera posa con el pueblo de Campillo de Altobuey de fondo. (Foto V.J. Ballester Olmos).

El señor alcalde nos dijo que aquello había sido un *boom* durante unas semanas en la pequeña población conquense.

-Ocurrió, según dicen, en la zona llamada Camino Quemado, a poca distancia del pueblo. Ya anochecido, según decía el rumor popular, el tractorista iba labrando la tierra cuando bajó un objeto del que salió un ser verde gigante con pezuñas de caballo; el agricultor se asustó mucho y se vino hacia el pueblo -nos relató la autoridad local.

Tras narrarnos la historia tal como circulaba en el vecindario, el señor Lahiguera nos manifestó -para nuestra decepción- que todo había sido falso, que él mismo habló con el afectado, quien le confesó que nada de aquello había sucedido, creyendo que se había tratado de una broma lanzada por alguien, a saber con qué motivos.

La esposa de V.R –con la que hablamos- estaba indignada: *Eso es un bulo; mis muchachos vinieron a casa contando que se decía que a mi hombre le había pasado aquello*. Reiteradamente, en presencia del alcalde -quien calificó a la familia como los más trabajadores del pueblo-, insistió que están “muy molestos” por lo ocurrido y que su marido definitivamente “no vio nada”. Incluso llegó a hablar de pedir responsabilidades si se llegara a conocer al autor de la especie que les había puesto en ridículo y en boca de todos. (De hecho, fue más allá que eso. Incluso el *Diario de Cuenca* llamó al Cuartel de la Guardia Civil preguntando por la veracidad del caso).

A pesar de haber dialogado con bastante gente, reconocemos que la historia resulta difícil de reconstruir. Diríamos que hay tantas versiones como narradores. Unas involucran a V.R., otras a su hermano J.R. En suma, el relato viene a decir que, mientras labraba su campo, el testigo fue materialmente asaltado por una entidad extraña: “una cosa se le agarró al tubo de escape del tractor”, nos dijo alguien. El ser verde, que de acuerdo con el rumor popular había descendido de un objeto, dejó pisadas en el campo, las cuales fueron vistas por gran número de curiosos, jóvenes y maduros, por los maestros y hasta por el mismísimo cura. En efecto, huellas había, pero eran de caballerizas, ya que se ha hecho popular el paseo a caballo entre los convecinos y pisadas de pezuñas encontramos, pero a bastante distancia del campo labrado por V.R., en el que se atribuyó la puesta en escena.



V.J. Ballester Olmos deambula por el campo donde se supone que sucedieron los hechos. (Foto J. Servera).

Era inevitable una verificación con la Benemérita. El cabo del puesto estaba al tanto:

-Fue una broma de mal gusto –nos contó-. Cada uno lo contaba a su manera, todo fue una mentira, un bulo, no hubo nada...son unos hermanos muy trabajadores que ocasionarían un disgusto a quien tramara esto, porque no se van por las ramas...

Tal parece que el extendido rumor tuvo su origen en una “broma de bar”. El alcalde nos señaló que Campillo es un pueblo serio, pero a su vez, *cachondo*.

En principio, pondríamos aquí el punto final. Un caso más en la nómina de los identificados. Pero redondeamos la investigación pateándonos el campo en cuestión y entrevistando a labradores de campos colindantes. Pero –por encima de todo- quisimos buscar la razón última de todo aquello, algo que debe ser, a nuestro juicio, la labor básica que el ufólogo debe afrontar: el ¿por qué? Las cosas raramente ocurren sin una causa, próxima o remota. Siempre hay un motivo. Buscarlo –o descartarlo- es el objetivo del verdadero estudioso de los OVNIS.

Nuestras pesquisas, charlando con unos y con otros, determinaron que los “J.R.” –como los apodan-, son una familia algo enfrentada con la comunidad; sabemos de envidias por su posición económica y propiedades, comentarios acerca de su dedicación obsesiva al trabajo, así como críticas hacia actitudes calificadas por algunos de insolidarias o egoístas. Los hermanos J.R. y V.R. no conocen festivos ni domingos en cuanto a sus ocupaciones se refiere, siempre están trabajando sus campos. Como nos dijo un sencillo y modesto agricultor: “A lo mejor bajaron para llevárselos a que labraran también la Luna”.

Tenemos la impresión de que por ahí se encauza la motivación de la pesada broma que alguien tuvo la infeliz idea de gastarles a los más ricos del lugar. Desafortunada broma, tanto por la burla a gentes que van a lo suyo, como desde la perspectiva ufológica (siempre quedará alguien que crea que un extraterrestre bajó hasta Campillo de Altobuey); sin embargo, admitimos que de encuestas que así terminan siempre se aprende alguna lección práctica.

Como de chanzas hemos tratado, finalicemos este breve informe con una feliz frase que nos dijo el alcalde: *¡Ojala tuviéramos aquí a un interplanetario de esos de verdad! ¡Qué bien vendría para el turismo*”, apostillamos nosotros.



Panorámica general de la zona. Al fondo de la carretera, a la derecha, está el campo de la historia. (Foto V.J. Ballester Olmos).

Este artículo se publicó originalmente en PAPERS D'OVNIS,
noviembre-diciembre de 1998, páginas 5-6.